

LECTIO DIVINA

DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR FELICES PASCUAS DE RESURRECCIÓN

(20 de abril 2025)

Hech 10,34. 37-43

Sal 117

Col 3,1-4 Jn 20, 1-9 o en la tarde Lc 24,13-35

TEMA

La liturgia de este domingo celebra la resurrección de Jesús. Proclama la victoria de la Vida sobre la muerte, del Amor sobre el odio, del Bien sobre el mal, de la Verdad sobre la mentira, de la Luz sobre las tinieblas. Nos asegura que la muerte no puede aprisionar a quien acepta hacer de su propia vida un don de amor. Es del amor que nace la Vida plena, la Vida en abundancia, la Vida verdadera y eterna.

En la primera lectura, Pedro, en nombre de la comunidad, presenta el ejemplo de Cristo que «*pasó haciendo el bien*» y que, por amor, hizo de su vida una donación total a Dios y a los hombres. Por eso Dios lo resucitó: el camino que Jesús recorrió y propuso conduce a la Vida. Los discípulos, testigos de esta dinámica, deben anunciar este “camino” a todos los hombres.

El Evangelio nos invita a mirar el sepulcro vacío de Jesús y a “creer”: el verdadero discípulo de Jesús, quien lo conoce bien, comprende su propuesta y está dispuesto a seguirlo, sabe que su modo de vivir y de amar no podía terminar en el sepulcro, en el fracaso, en la nada. Por eso, está siempre dispuesto a acoger la buena noticia de la resurrección.

La segunda lectura enseña que los cristianos, unidos a Cristo resucitado por el bautismo, murieron al pecado y nacieron a la Vida nueva. A lo largo de su camino por el mundo, deben dar testimonio de esta Vida nueva en sus acciones, en su amor, en su servicio a Dios y a los hombres.

Hechos 10.34. 37-43

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: “Ya saben ustedes lo sucedido en toda Judea, que tuvo principio en Galilea, después del bautismo predicado por Juan: cómo Dios ungió con el poder del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret, y cómo éste pasó haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.

Nosotros somos testigos de cuanto él hizo en Judea y en Jerusalén. Lo mataron colgándolo de la cruz, pero Dios lo resucitó al tercer día y concedió verlo, no a todo el pueblo, sino únicamente a los testigos que él, de antemano, había escogido: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de que resucitó de entre los muertos.

Él nos mandó predicar al pueblo y dar testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. El testimonio de los profetas es unánime: que cuantos creen en él reciben, por su medio, el perdón de los pecados”. **Palabra de Dios**

AMBIENTE

Cada año la liturgia nos propone, a lo largo de los domingos del tiempo de Pascua, la lectura de los Hechos de los Apóstoles. Obra de Lucas (que también fue el autor del 3er Evangelio), los Hechos de los Apóstoles son el libro “pascual” por excelencia: nos narra cómo los discípulos, después de haber experimentado el encuentro con el Resucitado y animados por el Espíritu que les fue enviado, abrieron las puertas de la casa donde estaban escondidos y se convirtieron en testigos de Jesús y de su proyecto. Cumplieron así el mandato que Jesús les había dejado cuando se despidió de ellos y salió al encuentro del Padre (cf. Hch 1,8).

El “tiempo” de los Hechos es el “tiempo” de la Iglesia (la comunidad que nació de Jesús y sigue viviendo de Jesús) y el “tiempo” del Espíritu. En esta nueva fase de la historia de la salvación, corresponde a los discípulos, animados y guiados por el mismo Espíritu que ungió a Jesús y lo acompañó en su misión, llevar la salvación de Dios al mundo. Los discípulos son en esta nueva fase, como lo fue Jesús

mientras caminaba por los pueblos y ciudades de Galilea, el rostro visible del Dios salvador y liberador. Su testimonio debe seguir un “recorrido” que va desde Jerusalén –en el Antiguo Testamento, el lugar donde debía manifestarse definitivamente la salvación de Dios– hasta “*los confines de la tierra*”. Éste es precisamente el “camino” que nos presenta el libro de los Hechos.

La ejecución de Esteban (uno de los diáconos de la Iglesia de Jerusalén) y la persecución que pronto siguió contra los cristianos de Jerusalén hicieron que varios miembros de la comunidad abandonaran la ciudad y buscaran refugio en las regiones vecinas (cf. Hch 8,1). Así el Evangelio de Jesús llegó a Samaria, Damasco y Antioquía de Siria. Más tarde, principalmente por la acción de Pablo, la Buena Nueva de Jesús fue anunciada en Asia Menor y Grecia. Los Hechos terminan con la llegada de Pablo a Roma: el anuncio de la salvación de Dios había llegado al corazón del mundo gentil; fue una propuesta de salvación para todos los hombres y mujeres que quisieran aceptarla.

Uno de los episodios importantes de esta saga misionera tuvo lugar en Cesarea Marítima (cf. Hch 10,24-48), ciudad de la costa mediterránea que era la sede del poder romano en Palestina. Los protagonistas de este episodio fueron el apóstol Pedro y un centurión romano llamado Cornelio. Pedro, llamado por el Espíritu (cf. Hch 10,19-20) y respondiendo a una petición de Cornelio (cf. Hch 10,22), fue a Cesarea, entró en casa del centurión, le explicó los principios esenciales de la fe cristiana y lo bautizó a él y a toda su casa (cf. Hch 10,23b-48). Cornelio fue el primer pagano en ser recibido en la Iglesia de Jesús. Esta es la primera vez que uno de los miembros destacados de la comunidad cristiana (Pedro) admite que el Evangelio de Jesús es una Buena Noticia destinada a todos los hombres y mujeres, de todas las razas y culturas. El texto que en este día de Pascua se nos propone como primera lectura, forma parte de la “instrucción” de Pedro a Cornelio y su familia. Se trata de una composición de Lucas en la que aparecen los elementos fundamentales del kerygma cristiano sobre Jesús.

MENSAJE

En un breve resumen, Pedro “presenta” a Jesús a Cornelio y su familia. Se trata de un “primer anuncio”, que enumera las coordenadas fundamentales de la vida y del camino de Jesús.

Pedro comienza testificando que Jesús fue “ungido” por Dios y recibió el Espíritu Santo cuando fue bautizado en el río Jordán (v. 38a); después de esta unción, Jesús asumió la misión que Dios le confió y, animado por la fuerza del Espíritu, fue de un lugar a otro «*haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él*» (v. 38b). Las fuerzas del mal, sin embargo, sintieron que Jesús los desafiaba y decidieron silenciarlo: “*Lo mataron colgándolo de la cruz*” (v. 39b); pero Dios no aceptó que su “ungido” terminara así su camino entre los hombres y “*lo resucitó al tercer día*” (v. 40). Dios, al resucitar a Jesús, le dio la razón y garantizó la verdad de su camino y de su propuesta. Finalmente, Pedro saca conclusiones sobre la dimensión salvífica de todo esto: la vida de Jesús, las decisiones de Jesús, las palabras de Jesús, los gestos de Jesús son fuente de Vida para todos aquellos que lo conocen y deciden caminar con Él (v. 43b: “*que cuantos creen en él reciben, por su medio, el perdón de los pecados*”). Pedro concluye su reflexión atestiguando la verdad de todo lo que acaba de proclamar sobre Jesús: «*Nosotros somos testigos de cuanto él hizo*», de que así vivió Jesús y de que Dios lo resucitó y lo hizo vencer a todos aquellos que querían silenciarlo y sepultarlo (vv. 39a.41.42). Pedro y los demás discípulos aseguran al mundo que la historia de Jesús no es una fábula inventada, sino una historia de vida que ellos conocieron, siguieron y presenciaron.

Es el día de Pascua, celebrando la resurrección de Jesús y tratando de comprender el alcance completo de este evento. Observemos cómo la resurrección de Jesús no se presenta, en este anuncio de Pedro, como un hecho aislado, sino como la culminación de una vida vivida en la obediencia al Padre y en la donación de sí a los hombres. Después de que Jesús pasó por el mundo “*haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos*”, después de morir en la cruz como resultado de este “camino”, Dios lo resucitó. La vida nueva y plena que significa la resurrección parece ser el punto de llegada de una existencia puesta al servicio del proyecto salvífico y liberador de Dios. Por otra parte, esta vida vivida en la entrega y en el don es una propuesta transformadora que, una vez aceptada, nos libera de la esclavitud del egoísmo y del pecado (versículo 43).

¿Cuál es el papel de los discípulos en todo esto? Se unieron a Jesús y acogieron su propuesta liberadora. Por tanto, ellos resucitan con Jesús. A ellos les corresponde ser testigos, ante los hombres y mujeres de todo el mundo, de Jesús y de la Vida nueva que han recibido de Él. Es precisamente este testimonio el que Pedro da ante Cornelio y su familia.

ACTUALIZACION

*La resurrección de Jesús es la consecuencia de una vida dedicada a “hacer el bien y liberar a los oprimidos”. Esto significa que cuando alguien, siguiendo los pasos de Jesús, se esfuerza por vencer el egoísmo, la mentira, la injusticia y hacer triunfar el amor, está resucitando; significa que cada vez que alguien, siguiendo los pasos de Jesús, se dona a los demás y expresa, con gestos concretos, su entrega a los hermanos, está construyendo una vida nueva y plena. ¿Estamos resucitando porque caminamos por el mundo haciendo el bien y liberando a los oprimidos, o es nuestra vida una repetición de los viejos esquemas de egoísmo, orgullo y complacencia?

*La resurrección de Jesús significa también que el miedo, la muerte, el sufrimiento y la injusticia ya no tienen poder sobre la persona que ama, que se dona, que comparte la vida. Ella tiene la seguridad de la Vida plena, aquella Vida que los poderes del mundo no pueden destruir, alcanzar ni restringir. Ella puede así afrontar el mundo con la serenidad que viene de la fe. ¿Somos conscientes de ello o nos dejamos dominar por el miedo cada vez que debemos actuar para combatir aquello que nos roba la vida y la dignidad a nosotros y a cada uno de nuestros hermanos?

*A los discípulos se les pide que sean testigos de la resurrección. No vimos la tumba vacía; pero cada día hacemos la experiencia del Señor resucitado, que está vivo y camina junto a nosotros por los caminos de la historia. Nuestra misión es dar testimonio de esta realidad; sin embargo, nuestro testimonio será hueco y vacío si no se prueba en el amor y la entrega, marcas de la nueva vida de Jesús. ¿Nuestro testimonio de la resurrección es coherente y creíble y se traduce en gestos concretos de amor, de comprar y de servicio?

SALMO 117

R. Éste es el día del triunfo del Señor.

Aleluya.

Te damos gracias, Señor, porque eres bueno,
porque tu misericordia es eterna.

Diga la casa de Israel:

“Su misericordia es eterna”.

R. Éste es el día del triunfo del Señor.

Aleluya.

La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es nuestro orgullo.

No moriré, continuaré viviendo

para contar lo que el Señor ha hecho.

R. Éste es el día del triunfo del Señor.

Aleluya.

La piedra que desecharon los constructores
es ahora la piedra angular.

Esto es obra de la mano del Señor,
es un milagro patente.

R. Éste es el día del triunfo del Señor.

Aleluya.

Colosenses 3,1-4

*Hermanos: Puesto que ustedes han resucitado con Cristo, busquen los bienes de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios. Pongan todo el corazón en los bienes del cielo, no en los de la tierra, porque han muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vida de ustedes, entonces también ustedes se manifestarán gloriosos, juntamente con él. **Palabra de Dios.***

AMBIENTE

Colosas era una ciudad de la antigua Frigia (Asia Menor), situada a unos ciento ochenta kilómetros de Éfeso, dieciséis de Laodicea y veinte de Hierápolis. Perteneció a la provincia romana de Asia. En la antigüedad había sido una ciudad rica y populosa; pero en el tiempo de Pablo había perdido su esplendor e importancia.

No fue Pablo quien evangelizó Colosas. Durante la larga estancia de Pablo en Éfeso, durante su tercer viaje, Epafras, discípulo de Pablo y colosense de origen (cf. Col 4, 12), fundó la comunidad (cf. Col

1, 7), al mismo tiempo que las de Hierápolis y Laodicea (cf. Col 4, 13). La mayoría de los miembros de la comunidad cristiana de Colosas provenían del paganismo; pero también había un buen grupo de cristianos judíos.

Cuando escribió la Carta a los Colosenses, Pablo estaba en prisión (¿en Roma?). Epafras lo visitó y le contó de la “crisis” que atravesaba la Iglesia en Colosas. Algunos médicos locales enseñaban doctrinas extrañas, que mezclaban elementos cristianos, judíos y paganos: especulaciones sobre los ángeles (cf. Col 2,18), prácticas ascéticas, rituales legalistas, prescripciones sobre alimentos y la observancia de ciertas fiestas (cf. Col 2,16.21). Todo esto debería (en opinión de estos “maestros”) completar la fe en Cristo, comunicar a los creyentes un conocimiento superior de Dios y de los misterios cristianos, y hacer posible una vida religiosa más auténtica. Contra este sincretismo religioso, Pablo afirma la absoluta suficiencia de Cristo: Él es la imagen de Dios invisible, el primogénito de toda criatura, el mediador de la creación, el enviado de Dios para reconciliar todas las cosas, la cabeza del Cuerpo que es la Iglesia, el Señor de todos los poderes y dominios (cf. Col 1, 15-20).

El texto que la liturgia de este Domingo de Pascua es la introducción a la reflexión moral de la carta (cf. Col 3,1-4,6). Después de presentar la centralidad de Cristo en el plan salvífico de Dios (cf. Col 1,13-2,23), Pablo recuerda a los cristianos de Colosas que deben vivir su compromiso con Cristo de manera coherente y verdadera.

MENSAJE

Para Pablo, el punto de partida y la base de la vida cristiana es la unión con Cristo resucitado. Esta unión se realiza mediante el bautismo. Cuando somos bautizados y nos unimos a Cristo, morimos al pecado y resucitamos con Cristo a una Vida Nueva, una Vida plena y verdadera. Esta Nueva Vida tendrá su plena realización en el mundo de Dios, cuando crucemos los límites de la vida terrena y entremos en la gloria de Dios.

Hasta que accedamos a la gloria de Dios, continuamos nuestro viaje en la tierra; y esta Vida nueva que recibimos de nuestra unión con Cristo resucitado debe manifestarse ahora, aquí y ahora, en nuestras acciones, en nuestras elecciones, en nuestras aspiraciones. A través de un proceso de conversión sin fin, debemos despojarnos gradualmente de nuestro egoísmo, de nuestra autosuficiencia, de nuestra arrogancia y de nuestra maldad (Pablo llama a esto “despojarse del hombre viejo”) para vivir en una dinámica de amor, de servicio sencillo y humilde, de bondad, de misericordia, de mansedumbre, de don de la vida (Pablo llama a esto “revestirse del hombre nuevo”). El Cristo resucitado, que venció el pecado y la muerte, será siempre nuestra referencia y nuestro modelo de vida. Caminamos sobre la tierra, pero con la mirada fija en el cielo (“poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”).

Esta opción por Cristo y esta unión con Cristo resucitado comportan exigencias prácticas que Pablo enumerará, de modo muy concreto, en los versículos siguientes (cf. Col 3,5-4,1).

ACTUALIZACION

*El bautismo nos introduce en una dinámica de comunión con Cristo resucitado. Desde el Bautismo, Cristo se convierte en el centro y la referencia fundamental en torno al cual se construye toda la vida del creyente. ¿Qué lugar ocupa Cristo en nuestras vidas? ¿Somos conscientes de que nuestro Bautismo significó un compromiso con Cristo y una identificación con Cristo?

*La identificación con Cristo implica asumir una dinámica de Vida nueva, despojada del pecado y entregada a Dios y a los hermanos. El cristiano se convierte entonces verdaderamente en alguien que “aspira a las cosas de arriba”, es decir, alguien que, aunque vive en esta tierra y disfruta de las realidades de este mundo, tiene como referencia última los valores de Dios. Al creyente no se le pide que sea una persona alienada, que vive mirando al cielo y que renuncia al compromiso con el mundo y con los hermanos; pero se le pide que no haga de los valores del mundo su prioridad, su referencia última. ¿Ha sido nuestra vida un camino coherente con esta dinámica de Vida nueva que comenzó el día en que fuimos bautizados? ¿Nos esforzamos realmente por despojarnos del “hombre viejo” y revestirnos del “Hombre Nuevo”, el hombre que se identifica con Cristo y que vive en el amor, el servicio y la entrega a sus hermanos?

*Pablo, usando el ejemplo de Cristo, nos asegura que este camino de despojarse del “hombre viejo” no es un camino de derrota y fracaso; pero es un camino de gloria, en el que se manifiesta la realidad de la Vida eterna, de la Vida verdadera. En este día de Pascua, ante el sepulcro vacío y la certeza de que Jesús triunfó sobre la muerte y el pecado, ¿reconocemos la verdad del testimonio de Pablo?

*Cuando participo de alguna manera en la preparación o celebración del sacramento del Bautismo, ¿soy consciente —y trato de transmitir este mensaje— de que el sacramento no es un acto tradicional o social (que, por cierto, incluso proporciona hermosas fotografías), sino un compromiso serio y exigente con Cristo?

SECUENCIA

Ofrezcan los cristianos
ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima
propicia de la Pascua.

los ángeles testigos,
sudarios y mortaja.
¡Resucitó de veras
mi amor y mi esperanza!

Cordero sin pecado,
que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables
unió con nueva alianza.

Vengan a Galilea,
allí el Señor aguarda;
allí verán los suyos
la gloria de la Pascua”.

Lucharon vida y muerte
en singular batalla,
y, muerto el que es la vida,
triunfante se levanta.

Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia
que estás resucitado;
la muerte en ti no manda.

“¿Qué has visto de camino,
María, en la mañana?”
“A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada,

Rey vencedor, apiádate
de la miseria humana
y da a tus fieles parte
en tu victoria santa

Juan 20,1-9

El primer día después del sábado, estando todavía oscuro, fue María Magdalena al sepulcro y vio removida la piedra que lo cerraba. Echó a correr, llegó a la casa donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo habrán puesto”.

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos iban corriendo juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero al sepulcro, e inclinándose, miró los lienzos puestos en el suelo, pero no entró.

*En eso llegó también Simón Pedro, que lo venía siguiendo, y entró en el sepulcro. Contempló los lienzos puestos en el suelo y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, puesto no con los lienzos en el suelo, sino doblado en sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó, porque hasta entonces no habían entendido las Escrituras, según las cuales Jesús debía resucitar de entre los muertos. **Palabra del Señor***

Una clave de lectura:

Para el evangelista Juan, la resurrección de Jesús es el momento decisivo del proceso de su glorificación, con un nexo indisoluble con la primera fase de tal glorificación, a saber, con la pasión y muerte. El acontecimiento de la resurrección no se describe con las formas espectaculares y apocalípticas

de los evangelios sinópticos: para Juan la vida del Resucitado es una realidad que se impone sin ruido y se realiza en silencio, en la potencia discreta e irresistible del Espíritu. El hecho de la fe de los discípulos se anuncia "cuando todavía estaba oscuro" y se inicia mediante la visión de los signos materiales que los remiten a la Palabra de Dios. Jesús es el gran protagonista de la narración, pero no aparece ya como persona.

AMBIENTE

El cuarto Evangelio (cf. Jn 4,1-19,42) tiene dos partes. En el primero, Juan describe la actividad creadora y vivificante del Mesías, en el sentido de dar vida y crear un Hombre nuevo, un hombre liberado de la esclavitud del egoísmo, del pecado y de la muerte (para Juan, el último paso de esta actividad destinada a dar origen al Hombre nuevo era, precisamente, la muerte en cruz: allí Jesús presentaba la última y definitiva lección: la lección del amor total, que no se guarda nada para sí, sino que hace de la vida un don radical al Padre y a los hermanos). En la segunda parte del Evangelio (cf. Jn 20,1-31), Juan presenta el resultado de la acción de Jesús y muestra esta comunidad de Hombres Nuevos, recreada y vivificada por Jesús, que con él aprendieron a amar radicalmente y a quienes Jesús abrió las puertas de la Vida definitiva. Se trata de una comunidad de hombres y mujeres convertidos y adheridos a Jesús y que cada día – incluso ante el sepulcro vacío – están invitados a manifestar su fe en el Hijo de Dios que “puso su tienda entre los hombres” para darles Vida en abundancia.

Jesús había sido crucificado el viernes por la mañana (alrededor de las nueve) y había muerto en la cruz alrededor de las tres de la tarde de ese mismo día. Al caer la tarde, su cuerpo muerto fue bajado de la cruz y colocado apresuradamente en un “sepulcro nuevo” situado en un jardín cerca del lugar de la crucifixión (cf. Jn 19,41). Como era costumbre en la tradición judía, se hizo rodar una piedra redonda para cubrir la entrada a la tumba. Los ritos funerarios no habían sido observados en detalle, ya que ese día, al ponerse el sol, comenzaba el *sabbat* y también la celebración de la Pascua judía (cf. Jn 19,42). Los que se ocuparon del entierro de Jesús querían llegar rápidamente a casa porque querían “comer la Pascua” esa noche en familia. Necesitaban alejarse del cadáver de Jesús para no volverse “inmundos” y no verse ritualmente impedidos de celebrar la Pascua.

Después del día festivo de Pascua, el “*yom rishon*”, el primer día de la semana, María Magdalena –una de las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea hasta Jerusalén y que había estado al pie de la cruz de Jesús hasta su muerte– fue al sepulcro. Presumiblemente llevaba perfumes para ungir el cuerpo muerto de Jesús (cf. Mc 16,1). Se preguntó cómo podría mover la enorme piedra que había sido removida el viernes para bloquear la entrada a la tumba de Jesús.

MENSAJE

El relato joánico comienza con una indicación aparentemente cronológica, pero que debe entenderse, sobre todo, en clave teológica: “*el primer día de la semana*”. Significa que aquí comienza un nuevo ciclo: el de la nueva creación, el de la liberación definitiva. Éste es el “primer día” de un tiempo nuevo y de una nueva realidad: el tiempo del Hombre Nuevo, del Hombre nacido de la acción creadora y vivificante de Jesús.

En este primer día de la semana, “de mañana temprano”, María Magdalena va al sepulcro de Jesús. En el Cuarto Evangelio, María Magdalena representa la nueva comunidad nacida de la acción creadora y vivificante del Mesías. Sin embargo, para María Magdalena “era todavía oscuro”: la comunidad nacida de Jesús estaba convencida, en ese momento, de que la muerte había triunfado y que Jesús era prisionero del sepulcro. Era, pues, una comunidad perdida, desorientada, insegura, temerosa y sin esperanza.

Lo primero que ve María Magdalena al acercarse es que la piedra que cerraba el sepulcro ha sido quitada. Esta piedra, colocada después de que el cuerpo muerto de Jesús fue colocado en la tumba, marcó la muerte final de Jesús. Estableció la separación entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. ¿Por qué se quitó esta piedra? Además, la tumba está vacía. ¿Qué quiere decir esto? María confirma este dato; pero no puedes averiguar a dónde llevan. Ella está desorientada y perpleja. Todavía está en la oscuridad. No considera en este primer momento la hipótesis de que la muerte de Jesús no sea definitiva. Ella

sólo concluyó que alguien había sacado el cadáver de Jesús de aquella tumba. La conclusión de María, su dificultad para interpretar los signos, revela probablemente la perplejidad y la confusión de los discípulos, en las primeras horas de la mañana de Pascua, ante el sepulcro vacío de Jesús. Sólo más tarde, en un desarrollo que la liturgia de ese día no ha conservado, María Magdalena experimentará el encuentro con Jesús resucitado y se convertirá en testigo de la resurrección (cf. Jn 20, 11-18).

A continuación, Juan pretende presentar una catequesis sobre la doble actitud de los discípulos ante el misterio de la muerte y resurrección de Jesús. Esta doble actitud se expresa en el comportamiento de los dos discípulos que, en la mañana de Pascua, alertados por María Magdalena de la desaparición del cuerpo de Jesús, corren al sepulcro: Simón Pedro y un «otro discípulo» no identificado (pero que parece ser este «discípulo amado», presentado en el Cuarto Evangelio como modelo ideal de discípulo). El «discípulo amado» es una figura destacada en el Evangelio según Juan. Durante la Pasión, fue él quien logró estar cerca de Jesús en el patio del sumo sacerdote, mientras Pedro lo traicionaba (cf. Jn 18,15-18,25-27); él era el que estaba con Jesús, en un momento en que los otros discípulos estaban escondidos, llenos de miedo (cf. Jn 19,25-27); fue él quien reconoció a Jesús resucitado en aquella figura que apareció en la orilla del lago de Tiberíades, después de una ignominiosa noche de pesca (cf. Jn 21,7). Es un discípulo muy cercano a Jesús, con una conexión y empatía especial con Jesús. En las escenas en que apareció al lado de Pedro, el «discípulo amado» tenía la ventaja. Aquí volverá a suceder: corrió más rápido y llegó al sepulcro antes que Pedro. Corría más porque amaba más; llegó primero, porque siempre estaba más cerca de Jesús. Sin embargo, el texto dice: «no entró». Él sólo avanzó después de que Pedro entró en la tumba: al cederle el paso a Pedro, muestra deferencia y amor, que es lo que uno esperaría de alguien que tiene una fuerte conexión con Jesús. Este discípulo «vio y creyó» (v. 8). Él vio las señales, supo interpretarlas y su amor a Jesús le llevó a comprender que el Maestro había vencido a la muerte. Por otra parte, no se puede decir lo mismo de Pedro.

¿Qué representan estas dos figuras de discípulos?

En general, Pedro representa, en los Evangelios, al discípulo obstinado, para quien la muerte significa el fracaso y que se niega a aceptar que la Vida nueva llegue a través de la humillación de la cruz (Jn 13,6-8.36-38; 18,16.17.18.25-27; cf. Mc 8,32-33; Mt 16,22-23). Es, en muchas situaciones, el discípulo que tiene dificultad para comprender los valores que Jesús propone, que razona según la lógica del mundo y que no comprende que la Vida verdadera y eterna puede brotar de la cruz. En su opinión, Jesús fracasó porque insistió –contra toda lógica– en servir y dar su vida. Para él, dar y entregarse no pueden conducir a la victoria, sino a la derrota; por tanto, Jesús murió y el caso está cerrado. La eventual resurrección de Jesús es, para alguien que ve las cosas de este modo, una hipótesis absurda y sin sentido.

Por el contrario, el «otro discípulo», el «discípulo amado», es aquel que está siempre cerca de Jesús, que se identifica con Jesús, que se adhiere incondicionalmente a los valores de Jesús, que ama a Jesús. En esta comunión e intimidad con Jesús, aprendió y entendió. Priorizó la lógica de Jesús y se dio cuenta de que dar y entregarse son un camino hacia la Vida. Para él, tiene todo el sentido que Jesús haya resucitado, porque la victoria sobre la muerte es el resultado lógico del don de la vida, del amor hasta el extremo.

Este «otro discípulo» es, por tanto, la imagen del discípulo ideal, que está en total sintonía con Jesús, que comprende y acepta los valores de Jesús, que está dispuesto a embarcarse con Jesús en la lógica del amor y del don de la vida, que corre al encuentro de Jesús con total compromiso, que comprende los signos de la resurrección y que descubre –porque el amor lleva al descubrimiento– que Jesús está vivo. Él es el paradigma del Hombre Nuevo, del hombre recreado por Jesús.

LA PALABRA QUE SE NOS DA

- El capítulo 20 de Juan: es un texto bastante fragmentado, en el que resulta evidente que el redactor ha intervenido muchas veces para poner de relieve algunos temas y para unir los varios textos recibidos de las fuentes precedentes, al menos tres relatos.

- En el día después del sábado: es "el primer día de la semana" y hereda en el ámbito sagrado la gran sacralidad del sábado hebraico. Para los cristianos es el primer día de la nueva semana, el inicio de un tiempo nuevo, el día memorial de la resurrección, llamado "día del Señor" (*dies Domini*, dominica,

domingo). El evangelista adopta aquí y en el v. 19, una expresión que ya es tradicional para los Cristianos (ejem: Mc 16, 2 y 9; Act. 20, 7) y es más antigua de la que aparece enseguida como característica de la primera evangelización: " el tercer día" (ejem. Lc 24, 7 y 46; Act 10, 40; 1Cor 15,4).

- María Magdalena: es la misma mujer que estuvo presente a los pies de la cruz con otras (19, 25). Aquí parece que estuviera sola, pero la frase del v. 2 ("*no sabemos*") revela que la narración original, sobre la que el evangelista ha trabajado, contaba con más mujeres, igual que los otros evangelios (cfr Mc 16, 1-3; Mt 28, 1; Lc 23, 55-24, 1). De manera diversa con respecto a los sinópticos (cfr Mc 16,1; Lc 24,1), además, no se especifica el motivo de su visita al sepulcro, puesto que ha sido referido que las operaciones de la sepultura estaban ya completadas (19,40); quizás, la única cosa que falta es el lamento fúnebre (cfr Mc 5, 38). Sea como sea, el cuarto evangelista reduce al mínimo la narración del descubrimiento del sepulcro vacío, para enfocar la atención de sus lectores al resto.

- De madrugada cuando estaba todavía oscuro: Marcos (16, 2) habla de modo diverso, pero de ambos se deduce que se trata de las primerísimas horas de la mañana, cuando la luz todavía es tenue y pálida. Quizás Juan subraya la falta de luz para poner de relieve el contraste simbólico entre **tinieblas = falta de fe** y **luz = acogida del evangelio de la resurrección**.

- Ve la piedra quitada del sepulcro: la palabra griega es genérica: la piedra estaba "quitada" o "removida" (diversamente: Mc 16, 3-4). El verbo "quitar" nos remite a Jn 1,29: el Bautista señala a Jesús como el "*Cordero que quita el pecado del mundo*". ¿Quiere quizás el evangelista llamar la atención de que esta piedra "quitada", arrojada lejos del sepulcro, es el signo material de que la muerte y el pecado han sido "quitados" de la resurrección de Jesús?

- Echa a correr y llega a Simón Pedro y al otro discípulo: La Magdalena corre a ellos que comparten con ella el amor por Jesús y el sufrimiento por su muerte atroz, aumentada ahora con este descubrimiento. Se llega a ellos, quizás porque eran los únicos que no habían huido con los otros y estaban en contacto entre ellos (cfr 19, 15 y 26-27). Quiere al menos compartir con ellos el último dolor por el ultraje hecho al cadáver. Notamos como Pedro, el "discípulo amado" y la Magdalena se caracterizan por su amor especial que los une a Jesús: es precisamente el amor, especialmente si es renovado, el que los vuelve capaces de intuir la presencia de la persona amada.

- El otro discípulo a quien Jesús quería: es un personaje que aparece sólo en este evangelio y sólo a partir del capítulo 13, cuando muestra una gran intimidad con Jesús y también un gran acuerdo con Pedro (13, 23-25). Aparece en todos los momentos decisivos de la pasión y de la resurrección de Jesús, pero permanece anónimo y sobre su identidad se han dado hipótesis bastantes diferentes. Probablemente se trata del discípulo anónimo del Bautista que sigue a Jesús junto con Andrés (1, 23-25). Puesto que el cuarto Evangelio no habla nunca del apóstol Juan y considerando que este evangelio a menudo narra cosas particulares propias de un testigo ocular, el "discípulo" ha sido identificado con el apóstol Juan. El cuarto evangelio siempre se le ha atribuido a Juan, aunque él no lo haya compuesto materialmente, si bien es en el origen de la tradición particular al que se remonta este evangelio y otros escritos atribuidos a Juan. Esto explica también como él sea un personaje un tanto idealizado. A quien Jesús quería: es evidentemente un añadido debido, no al apóstol, que no hubiera osado presumir de tanta confianza con el Señor, sino de sus discípulos, que han escrito materialmente el evangelio y han acuñado esta expresión reflexionando sobre el evidente amor privilegiado que concurre entre Jesús y este discípulo (cfr 13,25; 21, 4.7). Allí donde se usa la expresión más sencilla, "el otro discípulo" o "el discípulo", es que ha faltado, por tanto, el añadido de los redactores.

- Se han llevado del sepulcro al Señor: estas palabras, que se repiten también a continuación: v. 13 y 15, revelan que María teme uno de los robos de cadáveres que sucedían a menudo en la época, de tal manera que obligó al emperador romano a dictar severos decretos para acabar con el fenómeno. A esta posibilidad recurre, en Mateo (28, 11-15), los jefes de los sacerdotes para difundir el descrédito sobre el acontecimiento de la resurrección de Jesús y ocasionalmente, justificar la falta de intervención de los soldados puestos de guardias en el sepulcro.

- El Señor: el título de "*Señor*" implica el reconocimiento de la divinidad y evoca la omnipotencia divina. Por esto, era utilizado por los Cristianos con referencia a Jesús Resucitado. El cuarto evangelista, de hecho, lo reserva sólo para sus relatos pascuales (también en 20,13). *No sabemos dónde lo han puesto:*

la frase recuerda cuanto sucedió a Moisés, cuyo lugar de sepultura era desconocido (Dt 34, 10). Otra probable referencia es a las mismas palabras de Jesús sobre la imposibilidad de conocer el lugar donde hubiera sido llevado (7, 11.22; 8, 14.28.42; 13, 33; 14, 1-5; 16, 5).

- Corrían los dos juntos...pero el otro...llegó primero...pero no entró: La carrera revela el ansia que viven estos discípulos. El pararse del "otro discípulo", es mucho más que un gesto de cortesía o de respeto hacia un anciano: es el reconocimiento tácito y pacífico, en su sencillez, de la preeminencia de Pedro dentro del grupo apostólico, aunque esta preeminencia no se subraye. Es, por tanto, un signo de comunión. Este gesto podría también ser un artificio literario para trasladar el acontecimiento de la fe en la resurrección al momento sucesivo y culminante de la narración.

- Los lienzos en el suelo y el sudario...plegado en un lugar aparte: ya el otro discípulo, sin siquiera entrar, había visto algo. Pedro, pasando la entrada del sepulcro, descubre la prueba de que no había habido ningún robo del cadáver: ¡ningún ladrón hubiera perdido el tiempo en desvendar el cadáver, extender ordenadamente los lienzos y las fajas (por tierra pudiera haber sido traducido mejor por "extendidas" o "colocadas en el suelo") y plegar aparte el sudario! La operación se hubiera complicado por el hecho de que los óleos con los que había sido ungido aquel cuerpo (especialmente la mirra) operaban como un pegamento, haciendo que se adhiriera perfecta y seguramente el lienzo al cuerpo, casi como sucedía con las momias. El sudario, además está plegado; la palabra griega puede decir también "enrollado", o más bien indicar que aquel paño de tejido ligero había conservado en gran parte las formas del rostro sobre el cual había estado puesto, casi como una máscara mortuoria. Las vendas son las mismas citadas en Jn 19, 40. En el sepulcro, todo resulta en orden, aunque falta el cuerpo de Jesús y Pedro consigue ver bien en el interior, porque el día está clareando. A diferencia de Lázaro (11, 44), por tanto, Cristo ha resucitado abandonando todos los arreos funerarios: los comentaristas antiguos hacen notar que, de hecho, Lázaro guardaría sus vendas para la definitiva sepultura, mientras que Cristo no tenía ya más necesidad de ellas, no debiendo ya jamás morir (cfr Rm 6, 9).

- Pedro...vio...el otro discípulo...vio y creyó: también María, al comienzo de la narración, había "visto". Aunque la versión española traduzca todo con el mismo verbo, el texto original usa tres diversos (*theorein* para Pedro; *blepein* para el otro discípulo y la Magdalena; *idein*, aquí, para el otro discípulo), dejándonos entender un crecimiento de profundidad espiritual de este "ver" que, de hecho, culmina con la fe del otro discípulo. El discípulo anónimo, ciertamente, no ha visto nada diverso de lo que ya había visto Pedro: quizás, él interpreta lo que ve de manera diversa de los otros, también por la especial sintonía de amor que había tenido con Jesús (la experiencia de Tomás es emblemática: 20, 24-29). Sin embargo, como se indica por el tiempo del verbo griego, su fe es todavía una fe inicial, tanto que él no encuentra el modo de compartirla con María o Pedro o cualquiera de los otros. Para el cuarto evangelista, sin embargo, el binomio "ver y creer" es muy significativo y está referido exclusivamente a la fe en la resurrección del Señor (cfr 20, 29), porque era imposible creer verdaderamente antes que el Señor hubiese muerto y resucitado (cfr 14, 25-26; 16, 12-15). El binomio visión – fe, por tanto, caracteriza a todo este capítulo y "el discípulo amado" se presenta como un modelo de fe que consigue comprender la verdad de Dios a través de los acontecimientos materiales (cfr también 21, 7).

- No habían comprendido todavía la Escritura: se refiere evidentemente a todos los otros discípulos. También para aquéllos que habían vivido junto a Jesús, por tanto, ha sido difícil creer en Él y para ellos, como para nosotros, la única puerta que nos permite pasar el dintel de la fe auténtica es el conocimiento de la Escritura (cfr. Lc 24, 26-27; 1Cor 15, 34; Act 2, 27-31) a la luz de los hechos de la resurrección.

ACTUALIZACION

*La resurrección de Jesús es la respuesta de Dios a quienes injusta y criminalmente intentaron silenciar a Jesús y desterrar de la historia su proyecto del Reino de Dios. Dios no permitió que el mal triunfara; Dios no permitió que la violencia, la injusticia, el mal y la muerte tuvieran la última palabra; Dios no aceptó que el mundo fuera tomado como rehén por aquellos que querían seguir viviendo en la oscuridad. Al resucitar a Jesús, Dios le dio la razón; afirmó, alto y claro, que el camino propuesto por Jesús – el del amor hasta las últimas consecuencias, el del servicio sencillo y humilde a los hermanos, el

del perdón sin límites – es el camino que conduce a la Vida. En este día de Pascua, ante el sepulcro vacío de Jesús, ¿tengo alguna duda de abrazar todo lo que Jesús me ha dicho, con sus palabras y sus gestos, sobre cómo llegar a la Vida definitiva, a la Vida eterna?

*La victoria de Jesús sobre el egoísmo, la violencia, el mal y la muerte cambia nuestra perspectiva sobre cómo afrontar todo aquello que, objetivamente, hace sufrir a los hombres y mujeres que caminan junto a nosotros. Estar al lado de quien está herido y crucificado, combatir la injusticia y la opresión en sus mil y una formas, gastar la vida sirviendo a los más frágiles y abandonados, rechazar un mundo construido sobre la violencia y la arrogancia, luchar hasta dar la propia vida para superar todo lo que genera muerte no es algo absurdo. Es, según Dios, el camino que hará que nuestra vida valga la pena y tenga pleno sentido. Quizás esta opción nos deje llenos de heridas y cicatrices; pero serán heridas y cicatrices que Dios sanará. ¿Estamos dispuestos a dar nuestra vida para que otros tengan Vida? ¿Estamos dispuestos a correr riesgos para traer liberación al mundo y a nuestros hermanos? ¿Creemos firmemente, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, que una vida dedicada al servicio no es una vida fracasada, sino una vida que termina en resurrección?

*A Pedro parece que le resultó difícil, ante el sepulcro vacío, “creer” que Jesús estaba vivo y que aquel camino de la cruz había conducido a la Vida. De hecho, en muchos pasos del camino que recorrió con Jesús, Pedro expresó dificultad para sintonizar con Jesús y su lógica. Estaba acostumbrado a funcionar según otros valores y estándares, en una lógica muy “mundana”. Los intereses de Pedro no siempre coincidieron con la visión de Jesús. ¿Esto le parece extraño a alguien que caminó con Jesús? En teoría, sí. En la práctica, quizá reconocemos, en las vacilaciones y en los rechazos de Pedro, nuestras indecisiones, nuestra dificultad para correr riesgos, nuestra dificultad para abandonar los criterios del “mundo” para abrazar la lógica de Dios. ¿Será así? ¿Qué podemos hacer para ser menos “Pedro” y más discípulos que siguen a Jesús sin dudar?

*La fotografía que nos presenta el evangelista Juan del “*discípulo amado*” (o el “*discípulo que Jesús amaba*”), es la fotografía de un discípulo que vive en comunión con Jesús, que se identifica con Jesús y sus valores, que ha interiorizado y asimilado la lógica de la entrega incondicional, del don de la vida, del amor total. Por tanto, no hay problema en aceptar que el camino seguido por Jesús conduce a la resurrección, a la Vida nueva. Él “cree” en Jesús. ¿Te ves reflejado en esta figura? ¿Vemos esto como una propuesta con la que nos gustaría identificarnos? ¿Qué podemos hacer para ser verdaderamente un “discípulo favorito”?

*La resurrección de Jesús es la victoria de la Vida sobre la muerte, de la verdad sobre la mentira, de la esperanza sobre la desesperación, de la justicia sobre la injusticia, de la alegría sobre la tristeza, de la luz sobre las tinieblas. Nos abre perspectivas completamente nuevas y nos asegura el triunfo de Dios sobre las fuerzas que quieren destruir el mundo y a los hombres. Nosotros, que creemos y celebramos la resurrección de Jesús, ¿somos testigos de la victoria de la Vida junto a nuestros hermanos paralizados por el miedo y el pesimismo? ¿El mensaje que traemos al mundo es un mensaje de alegría y esperanza que tiene los colores de la mañana de Pascua?